

5
LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

EL CABARET DE LA LOCURA



Versión literaria de la superproducción de lujo de igual título interpretada
por la hermosa artista

GIUSEPPA BIANNETTI

25 CTS.

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

Redacción y Administración: Mora de Ebro, 141-BARCELONA (Vallcarca)

El cabaret de la locura

Versión literaria de la superproducción de lujo de
igual título, interpretada por la hermosa artista

GIUSEPPA BISNETTI

...

Había terminado en el Real Teatro de la Opera, la memorable representación de "Otello", en que el joven y ya famoso tenor Carlos Balori obtuviera un resonante triunfo por la emoción y arte insuperable con que había desempeñado el papel de protagonista.

Revelado al "bel canto" de la noche a la mañana, como suele decirse vulgarmente, el encumbramiento de Carlo Baloni, había sido tan rápido como definitivo y gozaba ya de una envidiable popularidad que lo hacía

objeto de la admiración de las gentes que le expresaban en muchas ocasiones por medio de manifestaciones de entusiasmo y espontáneos homenajes.

Y es que el novel tenor tenía, además de sus innegables dotes artísticas, una simpatía natural, y una sencillez en su trato que le granjeaba el aprecio de cuantos tenían ocasión de conocerle.

—¡Qué guapo es!—no podían retenerse de pronunciar las muchachas cuando admiraban su retrato en las páginas gráficas

de los magazines y de las revistas ilustradas.

sar un automóvil de alquiler que Baloni detuvo con un gesto.

—¿Está usted libre?—preguntó al chófer.

—Sí, caballero. ¿A dónde desean ir los señores?

—No sé... A un cabaret cualquiera, donde haya música y alegría... Usted mismo.

Aquella noche, Baloni sentía la necesidad de abstraerse a la pública curiosidad y de ir a buscar un poco de distracción en alguna parte antes de irse a dormir. Acompañado de unos cuantos amigos, salió por una puerta excusada que tenía el teatro y daba a la calle oscura y poco concurrida y una vez allí, dijo:

—¡Vamos a cualquier sitio donde nadie nos conozca y haya un poco de alegría y frivolidad! Un cabaret cualquiera...

—¿Alegría y frivolidad?—dijo uno de los compañeros del célebre tenor—. Yo no sé donde hallar eso, porque no soy hombre juerguista, pero, espérate, que voy a emplear un medio infalible: no hay sino llamar a un chófer, que son la gente mejor informada respecto a establecimientos nocturnos, y que nos lleve a donde le parezca que hemos de divertirnos.

—¡Eso! ¡Eso!—repitieron Baloni y sus amigos.

Y, en efecto, no tardó en pa-

Por toda respuesta, el chófer puso el motor en marcha, y, pocos minutos después, el vehículo se detenía ante una puerta llena de luces de colores desde la cual se veía una sala llena de mesas en el centro de la cual varias danzarinas evolucionaban a compás de una orquesta de negros.

Cordani, el dueño del cabaret, así que les vio entrar, adivinando que se trataba de clientes de alta categoría, se apresuró a salirles al encuentro.

—Vengan ustedes, caballeros, — les dijo obsequiosamente —. Les llevaré a un rincón que tengo disponible y que es el mejor sitio de la casa.

Y, así que les hubo acomodado, volvió hacia la calle, donde el auto aguardaba todavía y, dando unas monedas al chófer, le dijo:

—Toma. Esto para tí, por haberme traído tan buenos parroquianos. Ya me desquitaré con creces al hacerles la nota...

Entre las muchachas que formaban el "elenco artístico" del cabaret de Cordani, figuraba una que llamaba poderosamente la atención de los concurrentes. Era una joven siciliana, llamada Giuseppa, de facciones hermosísimas, cuerpo esbelto, voz argentina y, sobre todo, ojos de sin igual encanto.

Cantaba, con fina y dulce entonación, una canción siciliana que Carlos Baloni escuchó con recogimiento. Cuando hubo terminado, el joven tenor no pudo menos que exclamar:

—¡Pero si esa chiquilla canta divinamente!

Y la hizo venir a su mesa. Invitóla a champán. Su ingenuidad, a pesar del fermentado ambiente en que aquella muchacha vivía, encantó a Baloni y, por contra, excitó los celos de Fabio Serra, el cantante del local, que estaba loco por ella, y que, al verla alternar con los recién llegados acudió a la mesa, reprendiéndola por haber aceptado la invitación.

—Tú no tienes derecho sobre mí, Fabio—la dijo ella— y, por lo tanto, abstente de inmiscuirte en mis actos.

Con honda emoción escuchaba Carlo Baloni aquellas palabras.

—Señorita—la dijo— si este hombre vuelve a molestarla y en algo puede serle útil mi apoyo, dispóngame.

Y entregó una tarjeta suya a la joven, que ésta guardó en su bolsillo con infinito reconocimiento.

Fabio, que la había leído por encima, se encaró con Baloni:

—¡Usted es soberbio y se cree que todo le está permitido por la aureola de su gloria! Pero eso también es fugaz, amigo, y sinó, mírese en mi espejo... ¡Yo también canté "Otello"!

Diciendo estas palabras, Fabio se alejó de aquel lugar, lleno de rabia. Baloni, a quien el incidente había amargado la noche, llamó al camarero, pagó la cuenta y, después de ofrecerse de nueva a Giuseppa, abandonó el cabaret seguido de sus amigos.

Cordani, el dueño del cabaret, hombre sin escrúpulos ni entrañas, había concebido una violenta pasión por la hermosa siciliana.

Y como para aquel miserable no existía otra ley que la de su propia voluntad, cuando la función hubo terminado en el local, encaminóse a paso de lobo hacia el cuarto donde la muchacha dormía.

Mas ella se dió cuenta del peligro que corría, y antes de que aquel hombre criminal lograra llegar hasta su habitación, arrojóse ágilmente por la ventana, que daba al río.

Giuseppa había nacido al borde de la playa y era una experta nadadora, por consiguiente, sabía que con ello no corría ningún riesgo.

Cuando Cordani llegó al cuarto de la bella siciliana, ésta había desaparecido.

—¡Maldición!—clamó el miserable—. ¿Me habrá oído llegar?

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando un hombre le salió al paso.

Era Fabio Serra.

—¿Dónde está Giuseppa? — preguntó, con tono amenazador.

—No sé, Fabio... — contestó Cordani—. Lo más verosímil es que se haya arrojado por la ventana.

—¡Infame! —gritó Fabio—. ¡Tú la has asesinado! ¡Pero pobre de ti, el día que yo tenga pruebas para acusarse de su monstruoso crimen!

Y una mirada de odio centelleó en las pupilas del cantante del cabaret.

III

Sola y sin amparo, convencida de que debía huir para siempre del cabaret si quería conservar su honra, Giuseppa, se dirigió en busca de Carlo Baloni, una vez hubo secado sus ropas empapadas del agua del río, adonde había ido a caer al arrojarse por la ventana.

El tenor le recibió muy amable y le ofreció su decidida ayuda y protección.

—Pienso hacer de usted una primera figura de la ópera, Giuseppa. Su voz es preciosa y, a mi lado, puede llegar a ser una gran artista.

Si Baloni se mostró satisfechísimo de que la hermosa siciliana acudiera a verle, no ocurrió otro tanto con otra dama, ya un poco entrada en años, que se hallaba de visita.

Era Marietta Matteo, la amiga más asidua de Carlo. Absorbente y exclusivista, tenía para con él esa furiosa codicia que caracteriza a las mujeres que ven ya lejana su juventud.

Como Baloni, pertenecía a la Opera, y, muy frecuentemente, trabajaban juntos.

—Este hombre es una cosa extraordinaria —dijo Marietta a

la sirvienta del tenor—. Ahora le da por proteger infelices.

Saludó con breves palabras a la recién llegada y aprovechó el primer pretexto para marcharse.

**

Giuseppa se dió bien pronto cuenta de que su presencia allí constituía un estorbo entre Carlo y Marietta y así se lo manifestó a aquél.

—No se preocupe — replicó Carlo, sonriendo—. Es la primera artista de la Compañía y le ciega el orgullo. Pero, ya se le pasará.

Pero la rencorosa Marietta se había dado cuenta del peligro que para ella representaba aquella intrusa, y habiendo oído a Carlo decir que había conocido a Giuseppa en el cabaret de Cordani acudió allí, con ánimo de enterarse sobre los detalles de la vida pasada de la hermosa siciliana.

A preguntas que le dirigió Marietta, Cordani dijo al principio que Giuseppa estaba enfer-

ma, pero acabó por confesar que había huído de allí, sin que supiera dónde se hallaba.

—Si le interesa a usted este detalle, puedo dárselo—contestó ella—. Vive ahora en casa de Carlo Baloni y estudia allí la alta escuela de canto.

La noticia produjo al empresario rabia y satisfacción a la vez. Rabia porque se daba cuenta de que la había perdido para siempre, satisfacción porque la sabía sana y salva, y desde aquel momento, quedaba descartada su responsabilidad, si al arrojarse Giuseppa al río le hubiese ocurrido alguna desgracia.

Faltóle tiempo para llamar a Fabio Serra.

—Un "Otello" como tú debe vengarse—insistió el infame Cordani—. Si yo fuera de ti, o Giuseppa sería mía, o de nadie.

Marietta escuchaba aquellas palabras radiante de satisfacción. Fabio Serra podía ser un

instrumento utilísimo para apartar a la bella siciliana de Carlo Baloni.

Llamóla aparte y ambos hablaron largo rato en voz baja... Marietta se expresaba con vivacidad y Fabio, como si no acabara de comprenderla, la escuchaba en silencio. Al final, Marietta abrió su monedero, sacó unos billetes que entregó a Serra y, con una sonrisa de inteligencia, añadió:

—Y si logra usted separarlos a los dos, entonces el doble.

Y en tanto que los dos cómplices maduraban su plan, Giuseppa, alegre y satisfecha de la noble y desinteresada protección de Carlo Baloni, dormía, allá lejos, un sueño placido y sin pesadillas. Sonreía, porque se había dado cuenta de que el joven tenía la quería y porque, cuando se preguntaba a sí misma qué sentimientos le inspiraba Baloni, sentía que ella también le amaba...

...y se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni. Ella se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni. Ella se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni.

IV

Marietta, al día siguiente, acudió a casa de Baloni.

—¿Dónde está Giuseppa?—

...y se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni. Ella se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni. Ella se acordaba de la noche en que se había casado con Carlo Baloni.

dueño absoluto de mis actos?

—¡Carlo!—gritó ella—. ¡Tú quieres abandonarme! ¡Tú que-



Giuseppa llamaba poderosamente la atención por su belleza.

interrogó de buenas a primeras.

A Carlo le enfureció la audacia de aquella mujer.

—¡A ti qué te importa!—le dijo—. ¿Acaso no soy yo el

res huir de mí, después que te he sacrificado mi juventud! Piensa que una mujer celosa es capaz de todo y que, aunque esa chiquilla se escondía en el

centro de la tierra, yo la he de encontrar y de hacer cuanto pueda por separaros!

—¡Marietta, no me exasperes!—respondió el tenor—. Estoy teniendo una paciencia excesiva contigo y tú abusas de mi bondad pero estoy dispuesto a que cese todo de una vez.

—No será necesario nada de eso—exclamó en aquel momento Giuseppa que había oído la conversación. Marietta tiene razón. Ya tel o dije el otro día. Por consiguiente, como soy yo la culpable de cuanto ocurre, me marcho.

—¡Tú no harás eso!—dijo el tenor cogiendo a su amada por el brazo—. Déjanos solos y no alteres.

Giuseppa, contrariadísima por lo ocurrido, pues la apenaban los continuos disgustos que por su culpa tenía Baloni con Marietta, se retiró.

Carlo se dejó caer sobre una silla.

—Marietta—dijo al cabo de un rato de reflexión—. Esto no puede ser. Tus odiosos juicios sobre Giuseppa nos separan para siempre. Por lo tanto, te ruego que no te esfuerces en buscar una reconciliación que no sería posible, después de tu insensata conducta.

—¿Eso quiere decir que me echas a la calle como una criada?—rugió Marietta con un grito de leona herida.

—Eso quiere decir que todo ha

terminado entre nosotros, y no por mi culpa, sino debido a tus impertinencias—terminó diciendo el tenor.

Cuando Baloni se expresaba en términos parecidos, era inútil insistir cerca de él. Temperamento enérgico y decidido, su voluntad era inquebrantable y no había en el mundo fuerza humana capaz de contrariarle.

—Bien—contestó ella, tras breves minutos de reflexión, comprendiendo que era inútil toda resistencia por su parte—. Me marcho ¡pero te acordarás de mí!

Y salió, furiosa, de casa del tenor.

Este le hizo bien poco caso. Lo único que en aquellos momentos le interesaba era Giuseppa, de quien se había enamorado como un hombre sólo se enamora una vez en la vida, y a la que estaba perfeccionando en el canto para hacerla debutar en breve.

—¡Serás pronto la primera figura de la ópera contemporánea!—le dijo en cuanto hubieron quedado solos—. ¡Nos casaremos y recorreremos triunfalmente todos los escenarios de Europa! ¡No tardarás en debutar y en saborear las mieles de

la gloria, y entonces, me quedarás aun más de lo que me quieres, porque te darás cuenta de que tu triunfo lo debes a mí!

—Carlo... Carlo mío...—susurró ella—. ¿No es todo esto un dulce sueño?

te el público, nos casaremos en seguida. ¿Qué te parece?

Giuseppa no contestó, pero sus ojos hablaron más elocuentemente que no hubiesen podido hacerlo sus labios. El tenor se inclinó sobre su boca roja, de



Baloni escuchaba cantar a Giuseppa con religioso recogimiento.

—¡No, Giuseppa! Mañana mismo hablaré con el empresario para que prepare tu debut, y una vez te hayas presentado an-

fruto en flor, y de ella recogió el más dulce, el más infinitamente apasionado de los besos.

ma Marietta quien me la proporcione...

—¿Qué quieres decir?—interrogó Giuseppa.

—¡Que vas a ser tú quien interpretarás a "Desdémona" en la próxima representación de "Otello"!...

—¿Qué dices? ¡No es posible!

—¡Lo que oyes! ¡Con lo adelantada que estás, yo te aseguro que puedes salir perfectamen-

te a las tablas sin ningún temor y que seguramente obtendrás un triunfo sin precedentes!

Y Carlo, entusiasmado, cogió de la mano a su amada y le dijo:

—¡Prepárate, adorada Giuseppa, que el triunfo es nuestro y se aproxima! ¡Dentro de ocho días, tu nombre será conocido como el de una de las primeras figuras de nuestro divino arte!

VI

Aquella misma noche, Carlo Baloni presentó a Giuseppa al Director. La entrevista tuvo lugar en un cabaret de moda, "El Trocadero", donde cenaron opíparamente, en compañía de uno de los críticos musicales más afamados de la prensa grande. Le explicó en qué curiosas circunstancias la había conocido, asegurándole que él respondía de que la bella siciliana saldría airoso de su difícil cometido.

El Director tenía una fe ciega en Baloni.

—No hay más que hablar—acabó por decirle—. Puesto que usted me asegura el triunfo, yo accedo gustoso a que la señorita Giuseppa cante "Otello" con usted.

Un lujoso automóvil que poseía el tenor, les condujo al teatro donde comunicaron la noticia al empresario.

Cuando llegaron, se dieron de manos a boca con Marietta Matteo que salía del despacho de aquél.

—Carlo—le dijo ella al verle.—Me lo he pensado mejor y no quiero molestaros ni perjudicaros. Cantaré "Desdémona".

Baloni sonrió.

—No te molestes, Marietta—replicó— Ahora ya es tarde. Ya tenemos quien te sustituye.

Y, con el gesto, designó a Giuseppa.

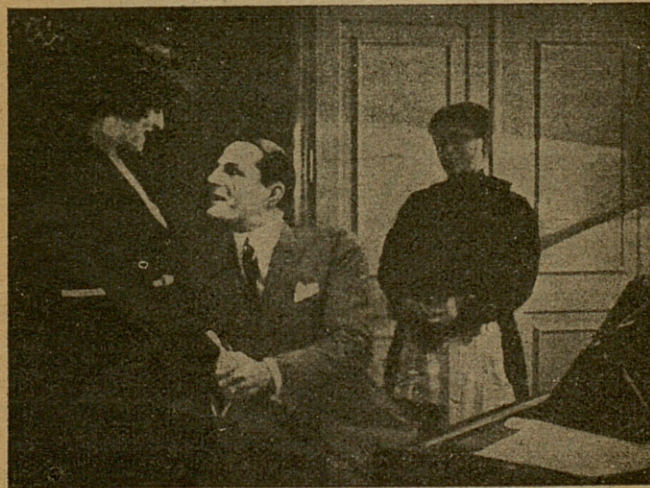
La desdeñada mujer contempló a su victoriosa rival y la dijo:

—¡Te felicito, Giuseppa, te felicito! ¡Has sabido derrotarme! ¡Pero ya llegará también para ti la época triste del ocaso y de la humillación en que ahora me encuentro!

A lapuerta del teatro, dos personajes que nos son conocidos, conversaban en voz baja.

Eran Marietta y Fabio Serra.

—¿No cantaste tú también "Otello"?—le decía—. Pues, ya



—Pienso hacer de usted una primera figura de la opera ..

ves si te quiere. Hasta te sigue los pasos.

Cautelosamente, como procurando no ser vistos, ambos penetraron en el teatro.

Faltaban dos horas para el principio del espectáculo y una larga cola de espectadores esperaba ante las taquillas para obtener localidades.

Llegó la ansiada noche de la representación.

En los carteles se exhibía en grandes titulares el nombre de la nueva intérprete de "Desdémona".

Cordani, el dueño del cabaret donde debutara Giuseppa, estaba entre ellos. No había podido resistir a la curiosidad de ir a presenciar el debut de aquella mujer que tan insana pasión le inspirara.

Cuando se abrieron las puertas, la multitud, como un aluvión, invadió la sala, que pre-

sentaba brillantísimo aspecto.

Y, en el momento en que Cordani se sentaba en su localidad, un presentimiento extraño le cruzó la mente. Pareció adivinar que un soplo de tragedia corría por la sala y tembló, porque aun amaba a aquella mujer, con todo el impulso de su alma ruda y salvaje.

VII

Faltaban pocos minutos para la representación, cuando un hombre penetró en el interior del escenario, llevando un maletín en la mano.

Era Fabio Serra.

—Es el maletín de la señorita Giuseppa—dijo—. Voy a dejarlo en el cuarto del señor Baloni para no molestar a ella, que se debe estar preparando para salir a la escena.

Sin desconfianza, los empleados le dejaron pasar. En el cuarto de Baloni no había nadie. Fabio se ocultó tras una cortina y aguardó.

El timbre del escenario avisó que iba a comenzar el momento de la representación.

—¡Animo, Giuseppa!—le dijo Baloni.

Llena de ansiedad y de emo-

ción, la muchacha salió a la escena, y aunque era la primera vez que se presentaba ante un público como aquél, desde los primeros momentos supo cautivar al auditorio... Un murmullo halagador llegó hasta ella, infundiéndole nuevos ánimos, exhortándola a seguir tranquila y segura la representación, confiada en su arte y en sus facultades.

En medio de aplausos delirantes transcurrió la representación, mientras, oculto en el cuarto de Baloni, Fabio Serra, como un tigre hambriento, aguardaba el momento de su venganza.

Cuando Carlo se dispuso a salir en la última escena, Fabio, que había preparado un pañuelo impregnado en clorofórmico,

se arrojó sobre él, tapándole la boca.

Baloni intentó defenderse, gritar... Pero el clorofórmico pudo más que él e, inerte, cayó pesadamente al suelo.

Con rapidez, Serra le despojó de sus vestiduras, que se puso en un momento. Sólo le faltaba la "cara negra" del terrible Ote-

de la música, exaltada por el divino arte de Giuseppa.

Pero, momentos antes de la última escena, en la que Otello mata a Desdémona dormida en el lecho, el maestro director observó con asombro y sorpresa, que las partes se retrasaban.

Entre el público inteligente corrió un murmullo de desagrado



—¡Que bien te sienta la ropa, Giuseppa!—Decía Carlo Baloni...

llo. Tiznóse en breves minutos y, rápido, se dispuso a salir.

—¡En seguida! ¡En seguida al escenario!—gritó el traspunte.

Fabio se lanzó a escena, mientras la tragedia de Shakespeare seguía su curso a los acordes

que se calmó al ver aparecer en escena a Fabio, a quien creían todos, naturalmente, Carlo Baloni.

Otello se arrojó sobre Desdémona. Y Giuseppa, con horror, reconoció en aquél a Fabio, que,

con los ojos inyectados en sangre, crispadas las facciones, temblorosos los músculos, cogió su graganta alabastrina entre sus manos, atenazándola horriblemente.

—¡So... co... rro...! ¡A... se... sino...!

El telón cayó ante los aplausos delirantes del público, mientras Baloni, que había vuelto en sí, penetraba corriendo en el escenario, aprisionando al miserable.

—¿Qué ha ocurrido?—interrogaron todos.

—Señores... Una salvajada, la

obra de un loco—contestó el Director—. Giuseppa acaba de ser víctima de un atentado del que, afortunadamente, ha salido con vida.

Fabio Serra había caído a los pies de Baloni.

—¡Matadme! ¡Despedazadme! —gritaba—. ¡Soy un criminal! ¡Pero... la amaba tanto!

Una apreja de policía se llevó al asesino, mientras el público repetía sus ovaciones. Y Fabio, con la cabeza baja, escuchaba con eco en la lejanía como una triste elegía al despojo de sus ilusiones.

FIN

36
LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

ALBUM DE ARTISTAS DE LA PANTALLA



MADGE BELLAMY

Nació en Hillsboro (Estado de Tejas) y pasó su infancia en San Antonio. Cuenta en la actualidad 23 años y tiene el cabello y los ojos negros.

Su extraordinaria belleza llamó la atención de los "producers" norteamericanos, que no tardaron en hacerle ventajosas proposiciones para que se dedicara al arte mudo. Aceptólas y su actuación en los estudios de Hollywood causó tan grata impresión, que pasó rápidamente a la categoría de figura de primera magnitud.

Figuró mucho tiempo entre el elenco de la "Universal", y filma actualmente para la "Foz-Film".